VI.

Alicia tardó poco en volver en si, y poco también en recordar lo que había pasado; vibraba en su alma, como un eco fúnebre, la voz del Conde, confesándose incapaz de sentir el amor, y asegurando que se había casado con ella sólo por un sentimiento de compasión; atestiguaron al Coronel su memoria y su dolor algunas lágrimas que se escaparon de sus ojos y rodaron por sus pálidas mejillas.

—Valor, señorita (dijo Miguel); ya que V. conoce hasta donde llega su desgracia, oponga á ella una frente serena; no ha de faltar en el mundo un esposo digno de V....: yo mismo lo seré, si esto puede satisfacer los temores que, acerca de su suerte venídera, abriga su anciano abuelo.

—No, caballero (respondio la joven, enjugando sus ojos y sacudiendo con melancolía la cabeza.) ¡No, nosotros no podemos casarnos!

- -¿Por qué razón, señorita?
- -Porque ni V. me ama á mi, ni yo le amo.
- -¡Es tan fácil amar á V.!
- -No pensemos en eso, caballero; yo no puedo amar más que al Conde.
- —À la edad de V., y en el retiro en que se ha criado, no se sabe aún lo que será del porvenir (repuso el Coronel). ¿ Qué sabe V. si aún amará á otro con pasión?
- —¡Ay, caballero! (exclamó la pobre niña.) ¡V. no sabe, V. no puede saber cómo he nutrido yo este amor durante el mes que he estado segura de la dicha de pertenecerle! ¡V. no sabe cuánto le he acariciado, y qué profundas ráices ha echado en mi alma! ¡No, no;

se lo repito! ¡No es mi corazón de los que aman dos veces, y debo haberlo heredado de mi pobre madre, que sólo amó á su esposo, y no pudo sobrevivirle!

—¡Pero su casamiento de V. con Raimundo es ya imposible, señorita! ¿Tendría V. el triste valor de darle su mano, después de lo que ha oido?

—Y ¿qué he de hacer, caballero, si yo le amo? Y aunque no le amase, ¿cómo dar una negativa que tanto afligiría á mi abuelo? Yo debo casarme con él, y esto no será una mala acción, porque ningún vil interés me mueve á ello, y le amo.

—¡Dios mio! ¿ Y qué felicidad puede V. esperar de tal enlace, señorita? ¿Sabe V. lo que es una unión para toda la vida? Yo he estado casado, y lo sé....; fuí feliz en ella; y, sin embargo, comprendo lo que puede ser cuando el amor no endulza su peso, y, sobre todo, para una pobre niña sin valor y sin experiencia!

—Coronel (repuso Alicia): yo amo á Raimundo; mas no por eso le exigiré una correspondencia, que ¡ay de mi! sé, desde hace una hora, que no puede darme: me contentaré con su amistad y con que no me sujete á un trato duro, lo que no espero de él, porque, á pesar de todo, su carácter es noble.

—Y bien (repuso Miguel): yo quiero mejor esperar en el porvenir que desesperar de él, señorita; ya que V. es tan generosa, que se decide à casarse por solo su amor y por tranquilizar los últimos dias de su abuelo, yo quiero esperar en el porvenir....; ¿quién sabe si está destinada à V., à su candor, à su virtud, à sus gracias, la misión de despertar y dar calor à ese corazón adormecido y helado por los excesos y los desengaños del mundo? ¿ Quién sabe si el Conde hallará en el santo amor de la familia, en el amor paternal, lo que perdió en los placeres, las fiestas y la ociosidad?

Sonrió Alicia con tristeza, y respondió:

—No espero este triunfo, mi huen amigo, y desde hoy quiero darle este dulce nombre, ya que tanto se interesa por mi: no espero resucitar ese corazón, cadáver ya; ninguna esperanza de dicha me llevará al altar....; pero si Dios quisiera, tal vez podría inculcar en esa alma una consoladora creencia; la de que yo soy, si no tan superior como deberia ser para que él me amara, al menos la mejor de las mujeres que ha conocido.

- -¡ Ah, señorita! ¡V. es un ángel, y Dios la ayudará! (exclamó Miguel con entusiasmo.) ¡ Si ; V. no sabe cuánto alcanza una mujer buena y cristiana! Ella es el ángel de la guarda de su hogar y de su marido.
- —Voy à hacer à V. una pregunta (dijo Alicia, que se había quedado pensativa, como herida por una idea repentina): en todo lo que ha hablado, el Conde no ha pronunciado ni una sola vez el santo nombre de Dios, que V. acaba de invocar....: ¿ estará apagada también en su alma la llama de la fe cristiana?

Miguel bajó la cabeza, y guardó silencio.

- —Hable V. (dijo Alicia): ¿no cree el Conde? ¿No ama a Dios? ¿No es buen cristiano?
- —La fe religiosa se ha apagado en el torbellino en que ha vivido (respondió el Coronel); su padre no debió inculcarle, tan sólidamente como necesitaba, los principios religiosos.
 - -Luego, ¿ no cree?
- —Libreme Dios, señorita, de pensar tal cosa (dijo Miguel); sólo pienso que no cree tan sólidamente como debería, y que la duda, que enfría su alma para el amor, la enfría también para la religión.
- Adiós, y gracias, Coronel (dijo Alicia, levantándose y presentando à Miguel su pequeña mano). Permítame V. que me retire; creo que no tardarán en avisar á V. para que vaya à reunirse con Raimundo y mi abuelo.
 - -Adiós, y valor, señorita.
- —Le tendré. Sólo suplico à V. que nuestra conversación quede ignorada de todos.
 - -Nadie sabrá nada.
 - -¿Me promete V. el secreto hasta para el Conde?
- —Para él, sobre todo: y yo mismo sólo la recordaré para admirar su valor de V. y para decirle que soy su mejor y más adicto amigo, asegurándole desde luego que, donde quiera que me halle, si me llama, acudiré en su ayuda.

Alicia hizo una afectuosa señal de despedida y reconocimiento al Coronel, se envolvió en su capa, y salió del pahellón.

Miguel la siguió con la vista, y murmuró:

—¡Ah, Raimundo!¡Qué infeliz vas á hacer a ese angel, y cómo te pedirá Dios cuenta de lo que le hagas sufrir!

VII.

BIGLIOTEON ON PRINCES IN A REAL OF THE PRINCE OF THE PRINC

El almuerzo no se hizo en el comedor, porque el Duque, bastante indispuesto, no se pudo levantar para aquella hora.

La indisposición del anciano, aunque frecuente en él, contristó aún más el ánimo de Alicia, cuyo corazón estaba lleno de amargos presentimientos.

El Coronel y el Conde almorzaron juntos en el cuarto de este último: Alicia tomó sólo un vaso de leche al lado del lecho de su abuelo.

—Creo que debes estar muy contenta, hija mía (dijo el Duque): ya se van á cumplir los votos de tu corazón y los del mío también, puesto que vas á hacer un casamiento á tu gusto.... El esposo que vas á tener, es noble, rico, de bella figura, y que te ama ya, porque sólo así se explica que te dé su mano y encadene su libertad: ¡pero qué cadena tan dulce sabrás tú hacer! Nada te recomiendo, Alicia mía, porque veo en ti un retrato de tu buena madre, que, á su vez, fué educada por la suya. ¡Oh! Si tu abuela hubiera vivido, hija mía, yo hubiera tomado más tiempo para asegurar tu dicha, porque hubiera esperado en Dios que te dejase su amparo y protección; pero así, hija mía, he tenido que apresurarme, porque de un instante á otro puedo morir, y te dejaba sola, sin apoyo y sin consejo, y demasiado rica, por desgracia. Hija mia, yo tengo confianza en Dios, y espero que él te mirará con ojos de misericordia y te dará la dicha.

Alicia se arrojó en los brazos de su abuelo, que continuó:

—¡Bendita seas, hija mía, tú que jamás me has causado ni un instante de dolor!¡Bendita seas, alegría de mi vejez, esperanza de mi nombre, único vástago de mi familia!¡Si mis ruegos llegan al trono del Todopoderoso, tú serás dichosa!

Calló el anciano; su cabeza estaba levantada al cielo con una expresión de ruego, y su venerable rostro iluminado con una expresión sublime de confianza y de fe; la joven sintió que descendía hasta su corazón un rayo de esperanza: la voz de aquel anciano virtuoso, benéfico, irreprensible en su larga carrera, debia, en efecto, llegar al cielo.

—Ve, hija mía (prosiguió el Duque, tras una breve pausa): ve á vestirte; los convidados van á ir llegando, y yo también quiero hacer un esfuerzo para levantarme.... Hoy me siento bastante mal, y muy postrado....; pero no temas.... (prosiguió al ver dibujarse el terror en el rostro de Alicia); es efecto de la emoción...., de la alegria al ver asegurada tu suerte.

La joven ahogó un suspiro , pensando cuán mal asegurada estaba aún su dicha; pero lo ocultó bajo una sonrisa , y rogó à su abuelo que depusiera toda aprensión y que se animase lo posible, para animar á su vez á todos con su presencia: después le abrazó, y salió de la estancia.

Martina la vistió su traje de boda, y cuando bajó al salón, halló ya en él á su abuelo, al Conde y al Coronel entre los convidados.

El aspecto del Duque la asustó, sin saber por qué; el anciano estaba como aniquilado bajo una fatiga profunda, aunque en su sonrisa brillaban la tranquilidad y la alegria.

Sirvióse á las cuatro una espléndida comida, y á las siete, prontos ya los carruajes, se dirigió la comitiva á la iglesia parroquial de la aldea, cubierta de flores y de luces.

Alicia pronunció un sí débil y tembloroso : el del Conde fué firme y severo.

Acabada la ceremonia, se retiraron los concurrentes, y quedaron solos en el salón el Duque, su nieta, el Coronel y el Conde.

La conversación se deslizó durante algún tiempo apacible y alegre, persuadiendo el Duque al Conde de que, en vez de irse á sus tierras de la Mancha aquella misma noche, según habían proyectado, se quedasen allí algunos días más con él.

—Yo no me siento bueno (dijo): acaso el Supremo Hacedor quiere hoỳ, que dejo asegurada la suerte de mi hija, llamarme à sí. ¿Por qué habéis de separaros de este anciano que os ama? ¿Á qué tener que volver precipitadamente? Desistid por ahora, y quedaos algunos dias

conmigo: si me pongo mejor, os iréis....; si me muero, ya sabéis que debéis tomar mi nombre, y la posesión del título y tierras de Santa Clara:

 $-\lambda$ qué esos tristes presentimientos, querido padre? (dijo el Conde): si el gusto de V. es tenernos algunos días á su lado, no nos iremos; pero no piense V. en morir, porque aún querrá tal vez la Providencia dejarle por largo tiempo á nuestro lado.

—Gracias, hijos míos (dijo el anciano): yo os agradezco el que hayáis atendido á mis deseos: ahora, permitidme que me retire á descansar, y hasta mañana.

El anciano, que parecía en efecto fatigado de una manera alarmante, tomó el brazo de su fiel Jerónimo, y se retiró.

Martina se presentó con una bujía en la mano para alumbrar á Alicia hasta la cámara nupcial, á la que se dirigió, después de haber dado la mano al Coronel.

Una vez allí, y despojada por sus dos doncellas de sus adornos de boda, se hizo poner un peinador blanco, se sentó al lado de un velador, y, despidiendo á su aya y a las camareras, se puso á leer, esperando á su marido.

Nada más bello y más suntuoso que aquella cámara, digna de los desposorios de un príncipe.

Los ricos tapices de seda carmesí recamados de oro; el gran lecho esculpido, rematando en la corona ducal; la multitud de candelabros de oro cargados de bujías que arrojaban torrentes de luz; las mesas doradas con tableros de pórfido; los grandes sillones dorados y carmesi, repartidos en rico y profuso desorden; todo esto daba un aspecto regio á la habitación.

Asi que hubieron desaparecido sus criadas, Alicia dejó caer el libro, y, apoyando la frente en la mano, quedó pensativa por espacio de algunos instantes.

Oyéronse pasos en la cámara vecina, y poco después la puerta de la habitación nupcial se abrió, dando paso al Conde.

Alicia se levantó pálida y helada, y esperó de pie, y con una mano apoyada en el velador, á que su marido se aproximase.

-Mi querido esposo (le dijo con voz firme): si has hallado abierta la puerta de esta habitación, es porque yo quería tener contigo una entrevista importante, y aún más porque no queria provocar un escandalo inútil ante los criados de la casa; de lo contrario, la hubieras hallado cerrada.

—¿Qué quiere decir eso, querida Alicia? — preguntó el Conde procurando tomarle una mano, que ella retiró.

—Esto quiere decir (repuso la joven), que oi toda la conversación que tuviste esta mañana en el pabellón con el Coronel; que he sabido por ella que tu corazón está seco; que no me amas, ni puedes amar, y que hasta que recobre ese corazón un poco de fuego y de vida, si es que esto es posible, no seré tu esposa más que en el nombre; que mi alma rechaza este indigno consorcio, que he llevado à cabo para que mi abuelo muera tranquilo, y que yo no concedo ni concederé nunca al matrimonio otros derechos que los del amor.

El Conde palideció al oir el razonamiento de su mujer; pero dominando á todo otro sentimiento el de su vanidad herida, se encogió de hombros con aire de glacial indiferencia.

—Al lado de la habitación que ocupa el Coronel (prosiguió la Condesa), hay otra preparada para ti ; yo me he ocupado de ese cuidado: todos aquí nos creerán unidos por los más tiernos lazos, pero Dios y nosotros sabremos la verdad; espero regenerarte, y trocar tus dudas en la certeza de que hay en el mundo una mujer buena, digna, irreprensible; cuando te vea convencido, esa mujer será tuya.... ¡antes no!

— ¡ Buenas noches! (dijo el Conde, con la brusca insolencia del hombre derrotado por una mujer.) Si has oído lo que hablé en el pabellón, nada puedes hacer mejor que olvidar.

Tomó, dicho esto, una bujía, y salió sin mirar á su mujer.

Ésta se dejó caer de rodillas delante del magnifico reclinatorio que se hallaba á los pies de su lecho, y oró con amargas lágrimas de dolor.

Mucho rato permaneció arrobada en su fervorosa plegaria; però llegaron á sacarle de ella pasos precipitados y voces ahogadas que se oían por la galería que circuia la casa.

La Condesa abrió un balcón y se asomó á Él, al mismo tiempo que llegaba Martina, sofocada y jadeante.

— ¿ Qué pasa? (preguntó la joven.) ¿ Venías á buscarme, Martina? ¿ Acaso mi abuelo?....

No pudo decir más : el presentimiento que se había apoderado de su corazón la hizo palidecer y temblar.

— Señorita, el señor Duque se muere....; no habla, y está frío ya....; se hallan á su lado el Médico y el señor Cura....; también ha bajado el señor Coronel.

—¡Vamos! (exclamó la Condesa.) ¡Vamos corriendo à ver lo que tiene!

Martina no había mentido: Dios había marcado en su libro el fin de la larga carrera de aquel anciano; no se movía, no hablaba; su rostro se hallaba cubierto de una suave palidez; pero se conocía que oía atentamente las exhortaciones del sacerdote, y que de vez en cuando rezaba, à juzgar por el dulce movimiento de sus labios.

—¡Padre mio!—exclamó Alicia, arrojándose deshecha en llanto sobre el cuerpo del anciano.

—Dios, tu abuela.... y tu madre, me llaman, hija mia.... (murmuró el Duque, haciendo un esfuerzo supremo.) Ya te dejo un protector.... ¡Sé buena, para que seas dichosa!....

No habló ya más para las criaturas que dejaba en el mundo: sólo se le oyó articular el santo nombre de Dios con ardorosa unción.

Hubo un instante en que volvió los ojos, y buscó con ansiosa mirada al Conde; hallóle á los pies del lecho; le señaló con expresiva mirada á su nieta, como un último ruego para que la hiciera dichosa; volvió después la vista al cielo, y espiró.

Alicia dejó escapar un agudo grito, y cayó desmayada en los brazos de Martina.

VIII.

El Conde y el Coronel cumplieron todos los deberes concernientes á las honras fúnebres del Duque.

Alicia había quedado sumergida en tan profundo dolor, que parecia haberse suspendido en ella hasta el pensamiento.

¡Pobre niña! Á los diez y siete años quedaba sola, sin ningún amor en el mundo, pues su abuelo, único ser que la amaba, había volado al cielo.

Quince dias pasó el Coronel con los dos esposos; mas llamado después por negocios y deberes militares à Madrid, los dejó en su solitario y antiguo castillo.

Raimundo y Alicia tomaron el título de duques de Santa Clara, según el deseo del anciano, que ya se hallaba junto al trono de Dios.

Alicia conocía, al quedarse sola con su marido, que debía, sobreponiéndose á su dolor, empezar la grande obra que se había propuesto, y de la que dependía el porvenir de toda su vida.

Á los tres días de haber partido su amigo, la vió su marido, después del desayuno, entrar con un delantal de percal puesto sobre su traje, y un gran sombrero de paja.

El delantal ocultaba un gran bulto.

- -¿ Adónde vas? le preguntó Raimundo.
- -A dar de comer á las aves, respondió Alicia:
- -¡Tú!
- -Yo misma.
- -¿No hay una criada encargada de ese cuidado?
- -; Sin duda! Pero la ociosidad me aburre: ¿quieres venir?

-Gracias, - respondió el Duque.

La joven Duquesa salió, y su marido no pudo resistir á sus deseos de ir á buscar una ventana que daba al corral, para ver cómo alimentaba su mujer al ejército de pavos, gallinas y palomas.

Acabada su tarea, Alicia hizo su sencilla *toilette* de luto, y se puso á estudiar un poco en el piano hasta la hora de almorzar: á lo menos así lo dijo á su marido, que se recostó en un canapé del salón, de espaldas á ella.

Pero Alicia, lejos de ocuparse en repasar alguna sonata nueva, se puso à tocar la más tierna y dulce de cuantas sabía, esperando divertir algún tanto á su marido, al que veia, por medio de un magnifico espejo, con la mano apoyada en la mejilla.

—¡Si yo pudiera inspirarle gusto por la música! (pensaba ella.) ¡Si su alma llegase á recobrar el sentimiento de lo bello, extinguido ó adormecido en él por el contacto de placeres vulgares! ¿Quién sabe? Parece que me escucha con atención.

Y Alicia acabó de tocar una preciosa y tierna sonata de Bellini que había empezado, y que transmitía á su alma tan dulce melancolía.

—¡Sin duda tiene Raimundo los ojos llenos de lágrimas como yo! (pensó ella con intimo convencimiento.) Veamos : voy á levantarme como para buscar algo....: pasaré por su lado con disimulo , y le miraré....

La ejecución siguió al proyecto; levantóse, y pasó por el lado de su marido, al que creía atento y enternecido: ¡oh dolor!¡Raimundo estaba durmiendo!

Una lágrima, no dulce como las que la música le arrancaba, sino amarga como las que produce el desengaño, corrió por la mejilla de la joven Duquesa.

-¡ Ah! (exclamó.) ¡ Nada le agrada! ¡ Nada le conmueve!

Y sentándose con cólera en una silla, se acercó un velador que contenia un gran envoltorio y un estuche de costura.

Aquel ruído despertó al Duque, que abrió los ojos con disimulo y se puso muy formal, para no dar á entender que se había dormido.

- —¿Qué vas á hacer?—dijo á Alicia, al ver que cortaba una tela que había sacado del paquete.
 - -Voy á cortar un vestido para mí, -repuso ella.

- | A cortarlo!
- -Y à coserlo.
- -¿Pero no hay modistas? ¿No tienes doncellas?
- -Ciertamente ; pero yo siempre me he hecho los vestidos : me abruma la ociosidad.
- -Mira (dijo Raimundo); si quieres, dentro de un rato saldremos á dar un paseo á caballo: ¿sabes montar?
- —¡ Como una amazona! (respondió Alicia alegremente.) Cuando te parezca la hora, manda ensillar los caballos.

Y siguió cortando el vestido.

Levantose Raimundo, y dió dos ó tres paseos por la sala: se aburria, y no sabía en qué emplear su tiempo hasta la hora del paseo.

- —Aqui hay un ejemplar de la *Divina Comedia* (dijo Alicia). ¿Quieres leerme un poco mientras coso?
 - —¿Está traducido? preguntó el Duque.
 - -No : está en italiano , repuso sencillamente la joven.
 - -¿Conoces tú el italiano?
 - -Un poco: para cantar es preciso.

El Duque tomó el libro que su mujer le presentaba, y empezó à leer con gran sonoridad y sentimiento la *Divina Comedia*.

—¡ Tiene alma! (se dijo Alicia.) Aún siente: ¡sólo que yo, ignorante y sencilla joven, puedo tan poco!¡Dios mio, ayudadme!¡Enseñadme los medios de conservar mi único bien!¡Oh!¡Si cansado de esta soledad, que tan poco embellece mi compañía, quisiera irse á Madrid, entonces si que tendría que temer por el porvenir!

Después de leer como una media hora, el Duque, fatigado, dejó el libro, y salió para ir à ordenar que dispusieran los caballos.

Alicia se presentó vestida de amazona, y tan linda, que su marido la contempló con verdadera admiración.

El luto riguroso de su amazona hacia resaltar el castaño dorado de sus cabellos y el gris azulado de sus ojos: su talle, de una gracia y finura maravillosas, lucia toda su elegancia aprisionado en el corpiño con aldetas: por debajo del sombrerito de castor negro asomaban los magnificos rizos de sus cabellos, y no parecía posible que sus manecitas pudieran sujetar al fogoso bruto que piafaba en el patio anhelando salir al campo.

La mirada de su marido hizo palpitar el corazón de la Duquesa;

ésta montó ligeramente, y salió, siguiéndola Raimundo, que rehusó la compañía de ningún criado ó palafrenero.

—¿Sabes que no sospechaba que montaras tan bien à caballo?—dijo el Duque à su mujer.

-Tomemos un galope, -respondió ésta alegremente.

Los caballos salieron con velocidad : llegados á una praderita, Alicia acortó el paso para disfrutar de su deliciosa vista.

Estaba espirando Abril: ya había flores entre la hierba; los árboles llevaban su verde traje de primavera; el sol bañaba los extremos de sus copas, y los pajaritos entonaban el himno vespertino, saltando gozosos de rama en rama.

—¿Qué será aquél humo? — dijo de repente Alicia, señalando á una columna que se confundia con el azul del cielo.

-No sé (repuso el Duque): vamos allá, y lo veremos.

Pronto los acercaron los caballos al pie de un montecillo, en cuya falda se veia una pobre cabaña hecha de paja y piedras.

Fuera de la puerta de la cabaña ardia una hoguera, al lado de la cual habia dos niños y una mujer que envolvía patatas en la ceniza caliente.

Alicia, sorprendida de hallar aquella gente en sus dominios, bajó del caballo y se acercó á la mujer, que, al ruído, se volvió y dejó ver un semblante flaco y curtido por los años.

- -¿Vive V. aqui, buena mujer?-preguntó la Duquesa.
- —Si, señora (respondió la mujer): soy la madre del pastor que guarda parte de los ganados de los señores Duques de Santa Clara.
- -¿Y estos niños?
- —Son mis nietos: mi hijo quedó viudo el año pasado: su mujer pereció en el incendio que les dejó sin su casita de la aldea: entonces no hubo más remedio que hacer esta cabaña, y venirnos acá con los niños; ya pedimos licencia al mayordomo, Sr. Nolasco, que nos la dió, y nos dijo que para tan poca cosa no quería incomodar al señor Duque.
- —¡Pobre mujer! (exclamó Alicia, cuyos ojos se llenaron de lágrimas.) ¡Vivir aqui en esta choza, donde penetra el viento y la lluvia, cerrada sólo por una puerta de palos! ¡Dios mío! ¿Y se puede vivir de ese modo? ¡Ah! ¡qué culpables somos los ricos de la tierra ignorando todas estas miserias!

Alicia estaba tan bella hablando así y abrazando á las niñas, que la miraban atónitas, que su marido no pudo contenar un gesto de admiración.

—Les levantaremos una casita: ¿querrás, Raimundo? — preguntó la Duquesa, estrechando la mano de su marido.

—¿Por qué me consultas eso? (respondió éste.) ¿No eres tú aqui la señora de todo?

-No (respondió Alicia suavemente); sin tu permiso, nada puedo ni debo hacer.

El Duque sonrió con amargura: su amor propio se hallaba herido del frio trato que su mujer había establecido entre los dos: se sentía allí inferior y dominado en todo: la joven era más noble, más generosa que él, como asimismo más rica: el título que llevaba no le pertenecía: su boda, á pesar de haber sido casi la obra de la caridad, podía llamarse la obra del cálculo: sólo el amor podía salvar la inmensa distancia que cada día los separaba más.

Alicia, inocente como una niña, quiso entrar á ver el interior de la cabaña: admiró el torno en que hilaba la madre del pastor, la cabrita que daba leche para las niñas, y jugó alegremente con el animal y con sus infantiles amas, bebiendo con gran placer un vaso de leche.

El Duque experimentaba, contemplando a su mujer, una sensación desconocida para él hasta entonces: en nada se parecía á la admiración que tantas veces le había causado el ver á una bella mujer vestida con un espléndida traje de baile y llena de diamantes: no se asemejaba tampoco al entusiasmo producido por el canto de una eminente artista, de aquellas cuyo nombre era europeo, y cuyos amores había pagado à tan subido precio: no, lo que oía era un canto del alma, de una alma pura, que se abría como una flor al santo rocio de la caridad cristiana.

Quizá por la primera vez dirigió á Alicia la mirada del verdadero amor, y entonces recordó que ninguna otra mujer de las que había conocido le había parecido tan bella y tan interesante como la suya.

Ya era cerca del anochecer cuando Alicia, después de haber estrechado la callosa mano de la anciana, dejando en ella un bolsillo con algún dinero, y de haber abrazado tiernamente á las niñas, volvió á montar á caballo, ofreciendo à la desgraciada familia que se ocuparía de su suerte.

Los dos esposos salieron al paso, y el silencio reinó entre ellos, pues ambos iban absortos en sus meditaciones. Alicia estaba aún enternecida: su marido pensaba en que una mujer tan buena y caritativa debía ser el bello ideal que él habia buscado toda su vida y en el torbellino del mundo, sin poderlo encontrar.

La luna salió en breve de entre los árboles, é iluminó con su plácida y melancólica luz toda la campiña; su resplandor hizo blanquear las tapias del cementerio, y sus primeros rayos fueron á bañar la cruz de bronce que servia de remate á la cúpula de la capilla, que brilló como un faro consolador.

El sepulturero se hallaba sentado á la puerta del asilo de los muertos, con su mujer y sus hijos.

—Raimundo (dijo Alicía à su marido): jamás paso por este recinto, que guarda los restos de todos los que me han amado, sin que entre à elevar por ellos una oración: espérame un instante.

-Yo iré contigo (respondió el Duque); es de noche, y tendrás miedo.

—¡Miedo! (repitió la joven con voz triste y profunda.) ¡Ojalá pudiera pasar mi vida entera al lado de esos sepulcros! Entonces la gran soledad en que vivo se llenaría para mi, y seria más dichosa esperando la hora de ocupar mi sitio al lado de mis padres y de mis abuelos!

El Duque nada respondió ; pero el acento triste de su esposa vibró en su alma como una dolorosa reconvención.

Apeáronse, y el aposentador de los muertos ató los caballos á un árbol, franqueando el paso á su joven señora y á su marido.

El cementerio no tenía nada de espantoso: el guardián cuidaba con esmero el lindo jardinillo, en cuyas galerías se veían los nichos con sus lápidas, que explicaban el nombre y la edad de las personas que los ocupaban.

No obstante, eran pocos los habitantes de aquellos, y lo que más se veían eran humildes cruces de madera negra, que señalaban las sepulturas del suelo.

En medio, y rodeado de una verja de hierro, se levantaba el panteón de los duques de Santa Clara; era de piedra, bastante alto, y contenía las cenizas de los abuelos y de los padres de Alicia.

Ésta se arrodilló: unió sus manos, inclinó la cabeza, y se puso á rezar.